

En la *jornada* de 1775, que se prolongó hasta bien entrado octubre, comienza nuestro relato.

## II

La corte de Carlos III, que bien pudiera llamarse la *corte de los cazadores*, andaba alborozada con los preparativos de una gran batida que S. M. había dispuesto se verificase en los próximos bosques de Riofrío. Limpiábanse las armas, adiestrábase á los perros, se daba doble pienso á las mulas que debían arrastrar la pesada carroza del soberano, y los caballeros Guardias de Corps se preguntaban unos á otros á quién tocaría aquella vez el honor de caer y morir en la veloz carrera de la real comitiva, pues siempre en casos semejantes ocurrían desgracias de este género. El Rey tenía dadas las órdenes más severas para que se corriese á razón de cuatro leguas por hora. Y no porque los cortesanos no estuvieran familiarizados hasta la saciedad con el sangriento placer de la caza, á que Carlos se entregaba en cuerpo y alma, lo mismo los días crudos y lluviosos del invierno que los calurosos y adormecedores de la canícula, sino porque en la corte todo el mundo afecta tener los mismos gustos y las propias antipatías que el monarca. Bajo Carlos V los cortesanos fueron guerreros y emprendedores, con Felipe II se hicieron frailes, con Felipe III afeminados empalagosos, con Felipe IV poetas, con Carlos II inquisidores, con Felipe V franceses, con Fernando VI cantantes, y con Carlos III cazadores.

El Rey pasaba la mayor parte del tiempo en el campo. Su rostro, expuesto constantemente á la intemperie, estaba curtido como el de los labradores; su mirada, dulce y cariñosa, buscaba siempre, aun en medio de la pompa y grandezas de la corte, los árboles queridos, las fuentes predilectas en que solía apagar la sed, y el áspero monte animado por el ladrido de la jauría, el sonar de las trompas y el confuso griterío de los monteros y ojeadores. Luis XIV había aconsejado á sus descendientes que se dedicasen al ejercicio de la caza para no ser víctimas de la enfermedad hipocondríaca, hereditaria en su familia, y Carlos dividía por mitad la grande energía de su alma entre sus deberes de rey y sus aficiones de cazador.

Pero la escopeta le pesaba menos que el cetro, por lo cual despachaba en dos horas, con pasmosa facilidad y acierto, los negocios del Estado, y el resto del día lo dedicaba á su pasión favorita. Sólo tres días en el año no iba al campo: el jueves, viernes y sábado santos, que estaban señalados con una cruz negra en su ca-

lendario; y entonces era tal su disgusto y mal humor, que nadie se hubiera atrevido á solicitar de él gracia alguna en tales ocasiones. Vestido comúnmente de una casaca de paño segoviano, en cuyos bolsillos tenía el singular capricho de llevar varios juguetes de su infancia; una chupa de piel de gamuza, calzones negros y medias de lana, y armado de un cuchillo de monte, con su sombrero de ala ancha calado hasta las cejas para que, moderando la demasiada viveza de la luz, le permitiera distinguir á larga distancia las piezas, que rara vez escapaban de sus tiros certeros; salía de palacio muy de mañana, y volvía dos ó tres horas después con un coche cargado de perdices, conejos, chochas y liebres, y tal cual venado ó jabalí, que imprudentemente se había puesto al alcance de su escopeta. Despachaba con sus Ministros y recibía á los Embajadores extranjeros, conferenciaba un rato con su confesor, comía, y á las tres de la tarde recobraba la libertad y la escopeta, tornando ya de noche para anotar en su diario de caza las piezas muertas por su propia mano en la jornada. Cinco mil trescientas veintitrés zorras, quinientos treinta y nueve lobos, y un número fabuloso de jabalíes y gamos, tenían su partida de defunción en aquel curioso libro. Esto era lo diario, lo que la costumbre había ya, por decirlo así, santificado; que á más cada año se celebraban cuatro grandes batidas como la que, con permiso del lector, y sin menoscabar la buena fama que de monarca recto, sabio y *español* goza, con justicia, Carlos III, vamos á describir.

El día amaneció lluvioso y destemplado. La gallarda cima de Peñalara, que surte de agua á los jardines op San Ildefonso, estaba envuelta en una espesa niebla, que se mecía sobre los pinos de la montaña como un velo de encaje. La Atalaya, Matabueyes y los Siete Picos, que marcan el punto donde ambas Castillas se dan la mano, se veían cubiertos de nieve en sus puntos culminantes. Á pesar de esto, muy de madrugada, los individuos de la servidumbre, los convidados, en cuyo número se contaban los embajadores de familia, es decir, los de Francia, Portugal y Nápoles; los Guardias de Corps de servicio y los criados; empezaron á circular por las calles del Sitio, como si el día, con un sol magnífico y una temperatura agradable, convidase á salir á la campaña. Era demasiado conocido el dicho de Carlos, *el agua no rompe huesos*, para que nadie se atreviera á permanecer en el lecho, confiado en lo desabrido del tiempo.

Apenas los monteros de Espinosa, que velan el sueño de nuestros reyes, salieron de palacio embozados en sus capas de grana, los guardias, que apresuradamen-



Venados y ciervos en la Granja

te montaban á caballo; los palafreros, que á rienda suelta partían para comunicar órdenes á los puestos avanzados; y, sobre todo, ese rumor, esa solicitud muda, esa curiosidad respetuosa que va siempre delante de los primeros galanes en la comedia del mundo; anunciaron que Carlos III salía de su cámara.

El Rey, alegre y satisfecho como el conquistador que se dispone á entrar en la ciudad que debe tributarle los honores del triunfo, entró en un carruaje con el Príncipe de Asturias y el infante de Gabriel, sus hijos. El infante D. Luis, su hermano, iba solo en otro coche, al cual seguían los del Capitán de Guardias, el Caba-



llerizo mayor, el Sumiller de Corps, los Embajadores, el Médico y el Cirujano. Cerraba la marcha un coche con las escopetas, las municiones, alguna ropa de muda y el botiquín.

Poco más de media hora bastó para recorrer la distancia de tres leguas que entre San Ildefonso y el lugar de la batida había. El Rey saltó del carruaje con la ligereza de un joven, y paseó una mirada gozosa por la extensa y desierta llanura. Sus ojos brillaban de júbilo



Los ciervos en octubre

vida. Una sola vez se había separado de él para enviárselo al Papa Clemente XIV; y mientras no tornó á su poder comió poco, durmió menos, y días hubo que no disparó un tiro. Aquel libro contenía varias oraciones, compuestas por el hermano Sebastián, del *Niño de Dios*, que las escribió de su puño y letra para uso de Carlos cuando éste no abrigaba la esperanza de sentarse en el trono de Nápoles, y mucho menos en el de España. El hermano Sebastián era donado en el convento de San Francisco, de Sevilla, y pedía para la Comunidad, llevándolo siempre consigo una imagen del Niño Jesús. El aspecto de santidad, lo humilde de su conducta y modales, y las sentenciosas palabras que de ordinario dirigía á las mujeres y á los niños, hacían que el vulgo le tuviera por santo. Cuando Felipe V y

su familia estuvieron en Sevilla, el hermano Sebastián regaló á Carlos el libro de oraciones que hemos sacado á plaza, diciéndole con acento profético que llegaría á ser Rey de España. Estas palabras hicieron tal impresión en el espíritu supersticioso del Príncipe, que jamás se le olvidaron; y, al ver cumplida la profecía, solicitó repetidamente del Papa la canonización del hermano Sebastián, al mismo tiempo que la del venerable Palafox. El libro le acompañaba hasta en el lecho.

Pero no divaguemos por el gusto de amontonar detalles históricos, que, después de todo el trabajo que nos ha costado reunirlos, tal vez encuentre el lector fuera de cuento.

Mil quinientos hombres se habían desparramado por el país, en diferentes grupos, con muchos días de

á través de las largas pestañas que casi los cubrían. En seguida mandó que las trompas dieran la señal de empezar la cacería; y, por no estar ocioso en tanto que los cazadores dirigían la caza hacia el bosque donde se hallaba oculto, sacó del bolsillo un libro pequeño, raído por el uso, y se puso á leer, sin que fuesen bastante á distraerle ni la animada conversación de los Infantes, ni el agua que empapaba sus vestidos. Aquel libro era su delicia, su único amigo, casi podríamos decir su



Tomo III.—Caza mayor y menor



anticipación, para sacar á los animales de sus guaridas, y, velando noche y día, y poniendo en juego todas las tretas y malas artes que el hombre tiene que emplear para vencer á los brutos, acercarlos al sitio designado por el Rey, que, á sangre fría, sin arrostrar peligro ni fatiga alguna, sin siquiera hacer uso de su incomparable destreza, debía rendirlos á sus pies.

Trompas lejanas contestaron á la señal convenida. Sus ecos fueron oyéndose más distintos, al mismo tiempo que algunos ciervos aparecían en los límites opuestos de la llanura, y levantando su hermosa cabeza olfateaban el aire y se perdían otra vez en el bosque con asombrosa celeridad. Estas apariciones eran más frecuentes á cada instante. Los ojeadores se aproximaban.

El Rey, el Príncipe y los Infantes tomaron las escopetas. Detrás de ellos había muchos criados para presentarles otras armas cargadas tan pronto como disparasen aquellas.

D. Luis dejó escapar de repente una exclamación de sorpresa.

—¿Habéis visto, Carlos?—preguntó á su hermano.

—¿El qué?—contestó el Rey, indiferente.

—Un venado blanco... allí... en aquel grupo de encinas.

—¡Un venado blanco!—exclamaron, sonriéndose, el Rey y el Príncipe de Asturias.

—¿De cuándo acá,—añadió D. Gabriel,—hay venados de ese pelo?

—Blanca era la cierva de Sertorio, de que habla Plutarco.

—Burlaos cuanto queráis; pero, por mi fe, que he visto lo que digo.

Verdaderos rebaños de cerdosos jabalíes y de ligeros ciervos poblaron el llano acosados por los batidores. Éstos, cuando empezaron á dejarse ver, estaban divididos en grupos separados por intervalos. Luego formaron un cordón ondulante, bullicioso, que ora convergía de la circunferencia al centro, ora retrocedía algunos pasos cuando un gran número de animales reunidos en un mismo punto intentaba romper aquella muralla de carne; y, por último, doblaron sus filas para mayor precaución.

Todos los concurrentes pudieron ver entonces un venado blanco, de colosales proporciones, correr con la velocidad de una flecha de un extremo á otro de la llanura, herir el suelo con sus menudos cascos, y dudar, al parecer, entre una resistencia inútil y una muerte ignominiosa.

Empezó el tiroteó y la matanza. Aquello no era caza:

era carnicería; aquello no era pasión: era locura, frenesí, vértigo. El humo de la pólvora no permitía contar las víctimas; pero sus cuerpos, amontonados unos sobre otros, servían de abrigo á los tímidos cervatillos, que lamían á sus madres en las convulsiones de la agonía. La sangre manchaba las flores del campo. Mugidos de terror, de angustia y de muerte se confundían con las detonaciones de las armas y los gritos de los batidores. Ocho ó diez animales espiraron al lado de los Príncipes.

El venado blanco, objeto de la atención general, en sus rápidas carreras y continuas evoluciones nunca se ponía á tiro. Pasaba y repasaba de un lado á otro, y, advertido por el instinto del peligro que corría, no cesaba de buscar el punto débil de la red en que se veía cogido. Y así quedó solo, completamente solo, con vida y una vislumbre de libertad, cuando todos sus compañeros yacían por tierra, inmóviles, ensangrentados, muertos.

Carlos estaba radiante de alegría. Miró con ojos codiciosos al enemigo, que todavía desafiaba su poder y su destreza, y mandó estrechar el círculo.

—¿No os parece que sería mejor coger vivo ese raro animal?—objetó D. Luis.

El Rey disparó en el mismo instante, pero inútilmente, lo cual raras veces acontecía. El venado blanco salió ileso de tan terrible prueba, y, haciendo un esfuerzo supremo, salvó de un salto la doble fila de ojeadores y se perdió en el encinar vecino.

Este contratiempo puso á Carlos III de bastante mal humor.

Concluido el fuego, los guardas colocaron la caza á los pies del Soberano, quien se entretuvo largo rato en examinar las heridas, haciendo notar, con orgullo, los tiros maestros. Ciento cuarenta y cinco venados y treinta jabalíes fueron el botín de la victoria, con el cual, según costumbre, se adornó por la noche el comedor de Carlos III.

### III

Á la derecha mano, subiendo de Segovia á la Granja, frente al ameno prado que hoy se nombra *quinta de Quitapesares*, había, en la época de que vamos hablando, un espeso bosque de encinas, por entre cuyos apretados troncos corrían, dando mil vueltas y caprichosos rodeos, muchos arroyos, mansos y benéficos en el es-



El alce, por Specht

tío, soberbios y destructores en la estación de las nieves. Por él cruzaba una vereda que, naciendo en el linde del camino real, terminaba, una legua más allá, en un lugarejo de tan mezquino aspecto que parecía

ideas de los poetas bucólicos de aquellos tiempos. Treinta ó cuarenta chozas, por sus habitantes llamadas *casas*, á pesar de que no eran andaluces ni gascones; una iglesia con su torre, poco más alta que los ridículos sombreros que ahora usamos; algunos huertos que